

al ambiente al servicio de la gratificación instintiva (siendo "malo"). Este estado de conflicto explica las ansiedades, los cambios de humor y la inseguridad que se producen inevitablemente en los años tempranos de todo niño.

Durante éste período difícil la mayor de las ayudas es el vínculo emocional con los progenitores. En el curso de los primeros años el niño tiene que abandonar una gran parte de su satisfacción directa y adaptarse a gratificaciones indirectas y sublimadas. Le será más fácil hacerlo si la pérdida del placer es compensada por el amor, el afecto y el aprecio que puedan proporcionarle sus progenitores.

La comprensión errónea de estas teorías ha llevado a la creencia de que al niño pueden ahorrársele estas infelicidades si a los impulsos infantiles se les otorga una licencia ilimitada. En realidad, al actuar de esta manera ni se obrará con acierto ni se ayudará al niño. Los impulsos sexuales infantiles pregenitales no son más que fases preliminares del instinto sexual y como tales, no están destinadas a perdurar. Una satisfacción excesiva a cualquiera de los niveles, oral, anal o fálico, liga una parte demasiado grande de la libido del niño a esa forma particular de gratificación y por consiguiente puede detener el desarrollo progresivo posterior o favorecer regresiones a estas fases anteriores cuando surjan dificultades en la vida posterior. Se ven surgir estas fijaciones cuando los niños son seducidos sexualmente en períodos tempranos de la vida y quedan en consecuencia ligados a alguna forma de gratificación (infantil) perversa. El niño no puede entregarse con inocuidad a placeres pregenitales irrestrictos, tal como no puede tampoco satisfacer en la realidad las fantasías del complejo de Edipo.

En cambio, pueden disminuirse las dificultades de la niñez y prevenirse muchos desarrollos neuróticos si los progenitores aprenden a considerar los impulsos infantiles con una perspectiva nueva. Debiera comprenderse que estas actividades del niño son el resultado de actitudes biológicamente necesarias, normales y en sí mismas sanas. A cada impulso, en el momento en que surge, debiera tratársele según sus propios méritos, de acuerdo con su papel posterior en la vida adulta, en vez de juzgarlo desde el punto de vista de las convenciones. Debiera dársele al niño el tiempo suficiente como para que enfrentara sus propios impulsos, los gratificara en cierto grado y los superara así gradualmente. Sobre todo, no debiera llevarse al niño a caer en actitudes excesivamente represivas, sino que por el contrario, debiera ayudársele a hallar descargas posibles, permisibles y gozosas para sus instintos.

Ninguna ventaja le reporta al niño avanzar con mucha rapidez en la transformación de los instintos. El adiestramien-

to para el control de los esfínteres, por ejemplo, tendrá consecuencias menos dañosas para el desarrollo psicológico del niño (no provocará obstinación, asco exagerado, actitudes obsesivas) cuando se lo lleve a cabo en el curso de dos años en vez de completársele más temprano. A la curiosidad sexual debiera permitírsele hasta que pudiera dirigirse por los canales del aprendizaje; a la agresión debiera írsela controlando en forma muy gradual para que quedara suficiente energía disponible para una conducta sublimada activa, etc. Muchos progenitores se sienten orgullosos si sus niños a una edad temprana comienzan a actuar como adultos y controlan bien sus instintos; para el desarrollo sano del niño tal precocidad en la adquisición de ese logro normal constituye un peligro potencial.

LAS EMOCIONES Y LOS INSTINTOS EN EL PERIODO DE LATENCIA (EDAD ESCOLAR)

Después de alcanzar su clímax alrededor de los cinco años, la relación del niño con sus progenitores decrece en fuerza y la sexualidad infantil llega a un punto donde se detiene. En lugar de seguir desarrollándose hasta que se alcanza la madurez sexual (como ocurre en el mundo animal), las aptencias libidinales disminuyen y pasan, esfumándose, a segundo plano. Es difícil decir en qué medida estos cambios obedecen a los esfuerzos de represión que se han efectuado en la fase previa y vuelto subterráneas las expresiones del instinto, y en qué medida sus causas son la disminución biológica de la libido que se produce regularmente a esta edad y que dura hasta la preadolescencia. Las observaciones muestran que las actividades sexuales entre los cinco y los diez años son más obvias cuando la crianza temprana no se ha cumplido debidamente por cualquier motivo y no se ha logrado en la primera fase el control de la vida instintiva. Por otra parte, cierta disminución de la fuerza libidinal en el segundo período es algo que se advierte siempre; esta ruptura del curso del desarrollo sexual constituye una característica esencial de la vida humana. Sean cuales fuesen los motivos, el instinto sexual permanece más o menos latente en el segundo período de la niñez. Esto conduce a una comparativa falta de contenido emocional e instintivo y por consiguiente a ciertos cambios significativos en la conducta del niño, en sus ansiedades, en sus relaciones objetales, y en los contenidos de su psique.

LA CONDUCTA DURANTE EL PERIODO DE LATENCIA

El niño sale de los conflictos y las luchas de sus primeros cinco años con una neta división de su personalidad. No es ya el ser puramente instintivo que era al nacer. Una parte de él ha cambiado de naturaleza y ha adquirido capacidades y poderes que le permiten observar, interpretar y registrar los sucesos del mundo externo y del interno y controlar las respuestas que ante los mismos se adoptan. Esta parte se ha establecido como una especie de agente central separado de los instintos a partir de los cuales se desarrolló y (como lo hemos descrito ya) intenta dirigirlos y controlarlos. Este aspecto de su organización es el que, ahora, el niño, se siente ser, y al cual denomina su "yo" (y es también lo que en el sentido psicoanalítico denominamos "yo").

Durante el segundo periodo de la niñez la conducta se ve tan determinada por las acciones del yo como durante los primeros cinco años estuvo dominada por los instintos. La reducción de la fuerza de los deseos sexuales ha librado al niño de una de sus peores angustias. En lugar de tener que buscar constantemente satisfacción o de controlar deseos peligrosos su yo se halla en libertad para expandirse y desarrollarse, para usar su inteligencia y la energía que dispone en otras direcciones. El niño ahora puede concentrarse en tareas que se le proponen aunque no sirvan al propósito de la directa satisfacción del deseo sino a otros intereses. El trabajo del niño en edad escolar ocupa el lugar del juego del niño de la guardería.

El juego es una de las actividades más significativas del niño pequeño, tan importante para sus instintos, emociones y fantasías como para el desarrollo de los sentidos y el intelecto. Como lo han demostrado extensos estudios psicológicos, el tipo de juego que un niño prefiere en las diversas edades cambia, no tan sólo de acuerdo con el desarrollo de su estado mental, sino también de acuerdo con el estadio al que corresponden los problemas emocionales que el juego descarga. En el desarrollo que va del niño de dos años al de edad escolar, el papel de la satisfacción del deseo va cambiando en forma gradual para dejar de ser directa e inmediata y llegar a ser indirecta y sublimada, de manera tal que, al final, el niño puede llevar a cabo con placer ocupaciones que no son en sí mismas placenteras, sino que sirven indirectamente a un propósito placentero. (Ejemplos: los prolongados y difíciles preparativos que requieren la construcción de una cabaña, la elaboración de trajes y escenarios para la representación de una

obra teatral, la construcción de muñecos para un teatro de títeres, actividades que la educación progresista utiliza para pasar de los juegos al trabajo). La capacidad de gozar con trabajos-juegos de este género demuestra que el yo del niño se encuentra en libertad de actuar sin la satisfacción inmediata de las apetencias instintivas.

LAS RELACIONES OBJETALES Y LA IDENTIFICACION

Con el debilitamiento de los elementos apasionados que formaban parte de la relación con los progenitores y el desarrollo de la inteligencia y el sentido de realidad del niño, padre y madre se convierten en figuras menos exaltadas y que producen menos temor. El niño escolar aprende a comparar sus propios progenitores con los de otros niños; establece nuevas relaciones con otras personas que ejercen autoridad sobre él, como sus maestros; y sobre todo se da cuenta de que los progenitores mismos no son todopoderosos como le había parecido al niño pequeño, sino que también ellos se ven sujetos a necesidades inevitables y a autoridades de nivel superior ante las cuales se ven a veces desvalidos. La necesidad de su aprobación y afecto le resulta ahora menos vital y su desaprobación y crítica menos perturbadora. Las angustias que antes se concentraban en torno a los dos grandes temores del niño pequeño (temor al castigo y a la pérdida del amor) disminuyen por el mismo motivo, aunque en este caso, las substituye otra forma de angustia. Durante el largo periodo de total dependencia con respecto a los progenitores el niño ha seguido sus órdenes y prohibiciones e imitado muchas de sus actitudes, hasta que una parte de él mismo se moldeara según el patrón que los progenitores le ofrecían. Este proceso de identificación conduce a la construcción gradual de un nuevo agente crítico interior al niño que guarda relación sobre todo con las actitudes morales y éticas, y ejerce la función de conciencia del niño (superyó). Mientras la relación emocional con los progenitores se halla todavía en su periodo culminante, esta conciencia se ve constantemente reforzada por la conciencia educativa que ellos ejercen desde el exterior. Cuando este periodo ha pasado, este superyó se separa de la persona misma de los progenitores, adquiere independencia y gobierna al niño desde adentro, por lo general de un modo muy semejante al modo en que los progenitores gobernaron anteriormente al niño. Cuando el niño actúa de acuerdo con los ideales instalados en el superyó "se siente satisfecho consigo mismo", como se sentía cuando los progenitores lo aprobaban y alababan. Cuando el niño desobedece al superyó, experimenta una

crítica interna o, como se lo denomina corrientemente, una *sensación de culpa*. El niño aprende a temer ese sentimiento de culpa tanto como antes temía las críticas que sus progenitores le hacían.

Cuando los niños llegan a la edad escolar sin que se haya producido en ellos este proceso de identificación con las figuras parenterales, puede considerarse que se hallan retardados en su desarrollo moral. Les falta la orientación interior y por lo tanto se hallan al nivel de infantes en lo que concierne a su conducta social. Algunas de las razones que explican estas fallas del superyó son las perturbaciones de la relación progenitor-hijo. —la ausencia de objetos amorosos adecuados durante la temprana infancia y la inestabilidad de los vínculos emocionales.

LA REPRESION Y LA MEMORIA

A través de la dirección hacia el exterior que adopta la atención y de la sublimación de los intereses y la disponibilidad de recibir instrucción, gracias a la nueva capacidad de recoger información mediante la lectura de libros y de concentrarse en asuntos que sólo indirectamente tienen significación para él, el niño del período de latencia acrece considerablemente su conocimiento del mundo exterior. Algunos niños de edad escolar se convierten en expertos en ciertos campos especiales, como el conocimiento geográfico (a través de la lectura de historias de aventuras o la reunión de una colección de estampillas), la mineralogía, la botánica, la zoología (a través de la recolección de minerales, mariposas, especímenes botánicos, o criando ciertos animales), o la historia. Otros se convierten en mecánicos, químicos, físicos o electricistas expertos, deseosos de hacer sus propios experimentos, a menudo peligrosos.

Mas por otra parte, este aumento del conocimiento objetivo se ve marcado por una manifiesta disminución en materia de autoconocimiento. Las represiones que se habían establecido en el período anterior se fortalecen hasta el punto de que el sí mismo del niño llega a hallarse totalmente enajenado de sus instintos. El niño no puede vivir en la realidad de acuerdo con las normas ideales que se ha establecido. Lo único que puede hacer es eliminar de su conciencia el conocimiento de los deseos, fantasías, y pensamientos que le producen sentimientos de culpa. Es mínimo lo que el niño en período de latencia sabe de su sexualidad todavía subsistente y de su agresión.

Dado que todo su pasado está lleno de tendencias e incidentes que el niño critica ahora como vergonzosos y culposos,

también rechaza de su conciencia los recuerdos del pasado. Esto explica por qué las experiencias vividas y apasionadas de los primeros años desaparecen de los recuerdos de todos los niños y dejan en su lugar un vacío. Pocos individuos recuerdan de su temprana niñez algo más que algunas imágenes aisladas que en sí mismas parecen de poca importancia y desprovistas de significación emocional (*recuerdos encubiertos*).

Es normal que el niño en latencia pase por períodos de variada duración sin ninguna actividad sexual aparente, y que experimente irrupciones súbitas de fantasías acompañadas por actividad masturbatoria cuando se ha acumulado suficiente deseo libidinal. Cuando la educación temprana ha sido severa y represiva, esas irrupciones se ven seguidas por agudos sentimientos de culpa y estados de ánimo depresivos. Cuando esas irrupciones faltan totalmente en el período de latencia, ello indica que la represión ha hecho su trabajo demasiado bien. En tales casos al niño le será difícil asumir una actitud normal con respecto a la sexualidad en su vida posterior.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA PREADOLESCENCIA Y LA ADOLESCENCIA

El rígido equilibrio entre las diversas partes de la personalidad que se ha establecido en el período de latencia no sobrevive a los primeros remezones de la adolescencia. Los reajustes del sistema endocrino que se producen en esta edad ejercen influencia en la vida emocional del niño (en especial del varón) en dos fases. En el período de transición de la niñez a la adolescencia no se produce ningún cambio cualitativo en la vida instintiva, pero aumenta la cantidad de energía instintiva; al llegar la madurez sexual física, el comienzo propiamente tal de la adolescencia, el cambio adquiere carácter cualitativo. Las consecuencias son, en cada uno de estos períodos, diferentes en la esfera psicológica.

LA PREADOLESCENCIA

La llegada de la preadolescencia o pubertad está marcada por un aumento general de la energía instintiva que no está limitada a ningún conjunto definido de tendencias sino que refuerza indiscriminadamente todas las fuerzas instintivas. Las apetencias y las actitudes libidinales y agresivas, que se mantenían reprimidas, adquieren por consiguiente nueva intensidad, surgen a la superficie y rompen la barrera entrando a la conciencia. A progenitores y maestros les resulta en extremo